

## LAS INSIGNIAS DE LA DIGNIDAD REAL DE JESUCRISTO

*Rex pacificus magnificatus est super  
omnes reges terrarum: cuius vultum deside-  
rat universa terra.*

El rey pacífico excedió á todos los re-  
yes del mundo en opulencia y en sabi-  
duría; y toda la tierra desea ver su rostro.

(IX VESP. NATIV. EX III. REG. 10. c. 23.)

El reino de Jesucristo no es político, sino religioso; no es terreno sino celestial; no es humano, sino divino; no es temporal, sino eterno. El reino de Jesucristo es su Fe, su Iglesia, su Religión. Engañarse, como los judíos, acerca del carácter y la naturaleza de su reino, es lo mismo que engañarse acerca de la verdadera Religión, acerca de la verdadera Iglesia; es perder la verdadera Fe; es perder el verdadero camino de la salvación eterna.

Pues bien, como era de la mayor importancia para nosotros que el Salvador del mundo nos diese una idea clara y precisa de su reino en la tierra, lo hizo no sólo con palabras sino también con sus obras. Porque no contento con haber declarado solemnemente que su reino espiritual, establecido en el mundo, se distingue de los otros reinos en sus principios, en sus medios, en su fin y en sus recompensas, *Regnum meum non est de hoc mundo*, consistió también en tener, como lo vimos ya, espinas por corona, un andrajito de púrpura por manto real, una vil caña por cetro y las burlas por homenaje; de este modo nos hizo conocer de una manera sensible, nos hizo ver con nuestras propios ojos el verdadero carácter de su dignidad real. El desplegó, en una palabra, toda la magnificencia de su reino, tanto más pacífico, dulce, humilde, pobre y miserable en apariencia, cuanto en realidad excede al de los reyes de la tierra; y cuando fué atormentado y escarnecido por los judíos de la manera más ignomi-

niosa y más cruel, se mostró cual grande y excelso monarca, objeto de los deseos y de las esperanzas del universo.

Desde este punto de vista nuevo é importante, debemos considerar hoy el inefable misterio de la coronación de espinas de nuestro Salvador, misterio de magnificencia y de gloria para él, misterio de expiación y de salvación para nosotros.

Nosotros veremos en él como en tanto que los satélites de la injusticia y de la tiranía insultan, profanan y ponen en ridículo la dignidad real de Jesucristo, no hacen otra cosa que establecerla, consignarla y dárnosla á conocer en toda su grandeza y magnificencia.

Esta consideración tendrá por objeto decidrnos á tributar el homenaje de nuestra fidelidad y de nuestro amor al divino monarca que arrebató todos los corazones. *Ave Maria.*

Si la horrible aglomeración de tormentos y ultrajes que Jesús sufrió en su coronación de espinas hubiera recaído sobre el más inicuo y el más vil de los hombres, no podría, sin embargo, leerse el relato que de ellos hacen los Evangelistas sin estremecerse de horror y sin moverse á compasión. ¿Qué será, pues, si se reflexiona que el que fué tratado de este modo tan bárbaro era el inocente y adorable Hijo de Dios? Terrible espectáculo, hermanos míos, el ver al Hijo de Dios, objeto de las complacencias eternas de su Padre celestial, de las adoraciones de los ángeles y de las esperanzas del universo, sentado ahora sobre una innoble piedra, todo cubierto de heridas y vertiendo sangre. ¡Contempladle! Su frente está ceñida con una horrosa guirnalda de agudas espinas que traspasan por todas partes su cabeza; un andrajito insultante de vieja púrpura cubre apenas sus espaldas; una caña ignominiosa, símbolo de la flaqueza, deshonra sus manos; se halla rodeado de una turba de soldados y de arqueros que, con todo el furor que les inspira su ferocidad infernal, le dan los más terribles golpes; clavan cada vez más las espinas en su cabeza, hieren sus mejillas adorables con crueles bofetadas, manchan su rostro con salivas, y se acercan después unos tras otros á ofrecerle de rodillas el tributo de sus adoraciones burlescas; después, con mil impuros sarcasmos, se mofan de él, saludándole como rey. ¡Oh envilecimiento! ¡oh degradación de la majestad de Dios! Las iniquidades que cometieron contra el Hombre-Dios en estas circunstancias, llegaron á su colmo; él sufrió las ignominias más atroces que pueden imaginarse, y bebió hasta la última gota del terrible cáliz del dolor. Entonces se cumplió á la letra el oráculo del Rey Profeta.

Que el Mesías sería cubierto de oprobios; que sería tratado como la afrenta de la humanidad, como el desecho del mundo, que le abrumarían con ultrajes y con insultos tales, como jamás se hicieron á ningún hombre, ni aun á ningún gusano de la tierra.

Mas no nos detengamos en las apariencias. Observemos que del mismo modo que Caifás, aunque pontífice impio, profetizó la muerte de Jesús sin saber lo que decía, así también los soldados del pretorio le llenan ahora de oprobios y dolores sin saber lo que hacen, y mientras que ellos creen saciar su sacrilego furor, ejecutan ciegamente los designios admirables de Dios, y nos preparan á nosotros los cristianos el cumplimiento de los más consoladores misterios; porque esas horribles invenciones de crueldad sirven, contra la voluntad de los que la practican, para darnos una verdadera idea de la naturaleza del reino de Jesucristo, cuya gloria eclipsa á la de todos los demás reinos. Esos actos ejecutados para poner en ridículo su dignidad real, son por el contrario los signos más expresivos, las pruebas más ciertas, los atributos más fieles de ella; de modo que cuanto más ridiculizada y menospreciada es esta dignidad divina, tanto más se descubre á los ojos de la verdadera fe en toda su magnificencia y en todo su esplendor.

En efecto, Jesucristo es rey; mas un rey que no promete á sus súbditos durante esta vida otras recompensas de su felicidad y de su amor que ignominias, persecuciones, sufrimientos y cruces. Él es rey; pero no concede el honor de su presencia ni el favor de su amistad sino á los que renuncian á sí mismos y están prontos á sufrir por su amor todos los dolores, todas las injurias y todos los martirios. Él es rey; pero lo es con especialidad de las almas afligidas por la tribulación. Él es rey; pero lo es de aquellos que caminan por la senda estrecha de la salvación, donde no se encuentra otra cosa que los vestigios de su sangre, los abrojos de la mortificación y las espinas de la penitencia. Por consiguiente, siendo necesario colocar en la cabeza de este rey una corona que indicase á primera vista el carácter de una soberanía tan nueva y diferente de la de otros monarcas, ¿qué corona podía imaginarse que fuese más conveniente, más adecuada y más expresiva que una diadema de espinas? Una corona de oro le hubiera asemejado á un rey de la tierra; una corona de flores le hubiera hecho parecer un rey voluptuoso; una corona de laurel le hubiera representado como un rey conquistador que hubiera sometido los pueblos por las armas. Todas estas coronas más honoríficas en apariencia, le hubieran deshonrado en realidad; ellas hubieran hecho de él un rey hombre, un rey de este mundo. La corona de espinas

por el contrario le proclama un rey de dolores, que sin embargo encuentra súbditos que le adoren, le sirvan y le amen y se crean dichosos en sufrir con él y morir por él. Así pues, mientras que esta corona le degrada y le envilece al parecer, no obstante al indicar el verdadero carácter de su dignidad real, le honra, le ensalza y le hace parecer lo que es en realidad, es decir un rey nuevo, un rey singular, un rey superior á los demás, un rey del cielo, un Rey-Dios.

En segundo lugar, Jesucristo vino á fundar su reino, no por la fuerza de las armas, sino por los atractivos de su gracia: no esparciendo el terror, sino trayendo la paz; no halagando los sentidos, sino arrebatando los corazones; no empleando la violencia, sino prescribiendo el amor. Jesucristo vino á someter los sabios por la locura, los robustos por la debilidad, los fuertes por la flaqueza, todo cuanto el mundo tiene de más grande, sublime y de más poderoso, por lo que hay en él de más frágil, de más vil, despreciable y nulo á los ojos del mundo; en una palabra, él vino á vencer á sus enemigos, muriendo por ellos. Pues bien, ¿qué otra cosa mejor que una caña, el más vano, flexible y frágil de todos sus vegetales, podía figurar la debilidad aparente de su poder, la nulidad visible de su imperio, el carácter especial de su reino, en el que el rey se basta á sí mismo, y que se extiende y triunfa de todo por los medios mismos que debieran al parecer destruirlo?

Los judíos, de espíritu grosero y de corazón carnal, instruidos por los profetas de que el Mesías debía ser rey, y un rey grande, creyeron que este rey, prometido tantos siglos antes, debía, como los otros soberanos de la tierra, imponer tributos, amontonar riquezas, levantar ejércitos, alcanzar victorias, destruir ciudades, conquistar imperios, subyugar naciones, hacer temblar la tierra y extender su poder político por todo el mundo. Y como habían notado que Jesucristo no hacía nada de esto, sino que por el contrario le veían humilde, pobre, manso, pacífico, mortificado y penitente; lejos de reconocerle por Mesías y Salvador, le negaron y le crucificaron como á un vil esclavo. Es decir, que aquellos insensatos le despreciaron por la misma razón que tenían para reconocerle y hacerle el objeto de sus adoraciones. Perdonad, Señor; si hubierais venido al mundo como los judíos carnales os aguardaban y os aguardan todavía, rodeado de pompa, esplendor, riqueza y de todo el prestigio del poder real, nosotros, cediendo á la fuerza material, os hubiéramos temido como á nuestro conquistador, pero no os hubiéramos amado como á nuestro Salvador. Hubierais, si, logrado externas manifestaciones de respeto, pero no hubierais obtenido el homenaje de nuestro corazón. Nosotros os hubiéramos

obedecido como á un rey, pero no os hubiéramos adorado como á un Dios. Por el contrario, al veros desnudo y abatido, sin fuerza ni defensa, sin otras armas ni otro cetro que una caña ignominiosa, simbolo de la cruz; al ver que convertís, cuando os agrada, esa caña en cetro de hierro, y los cetros de hierro de los reyes de la tierra en frágiles cañas, que reducís á polvo los tronos más poderosos como si fueran vasos de barro, y que derrotáis á los monarcas más formidables que osan insultar la humildad, la flaqueza, la mansedumbre y la paciencia de vuestra Iglesia; entonces concebimos la más alta idea, la admiración más grande y el respeto más profundo acerca de vuestra persona y de vuestro poder.

En tercer lugar, la púrpura fué siempre y en todas partes el distintivo de los reyes. Por consiguiente, si hubieran puesto sobre las espaldas de Jesucristo una púrpura nueva, brillante por la viveza de su color, y espléndida por la riqueza de sus adornos, esta púrpura, á pesar de que le hubiera honrado y distinguido en apariencia, le hubiera sin embargo presentado al mundo como un rey semejante á los demás reyes, cuya púrpura está enrojecida muchas veces con una sangre derramada con injusticia y con furor, y esto los hace formidables. Mas cuando se le cubre de un girón de púrpura desechada como inútil por los reyes de la tierra, enrojecida solamente con la sangre de sus heridas, este andrajó tan despreciable y tan vil nos anuncia claramente que Jesucristo es el verdadero y el único rey, ungido y consagrado con su propia sangre, y que derramando su sangre preciosa y dejando desgarrar su carne inocente, es como debía fundar y extender su reino. Este harapo nos anuncia un rey único, que debía ir seguido de una multitud inmensa de mártires generosos, los cuales triunfarian con él, no dando la muerte á sus semejantes, sino sacrificando su propia vida; y ved aquí por qué este es el verdadero manto real, el único que conviene á su dignidad soberana, el que le honra y le distingue entre todos los reyes, sin embargo de degradarle al parecer; el único que le coloca sobre todos los monarcas, manifestándonos claramente la extensión de su poder, la magnificencia y la ternura de su caridad.

Notad también que en el momento mismo en que él se adorna con esta vestidura de ignominia, figura el misterio de su reino. En efecto, el Evangelista observa que los soldados, antes de cubrirle con este extraño vestido, le despojaron de sus propias vestiduras. Las vestiduras que tenía Jesucristo eran el emblema de la nación judía, en cuyo seno habia nacido; mas la púrpura que los soldados romanos echaron sobre sus espaldas fué el simbolo de la Iglesia de los genti-

les, recogida, como el múrice de donde toma su color de púrpura, en medio de los mares y de los escollos. Así, pues, Jesucristo, que permite se le despoje de sus vestiduras tejidas por manos de sus padres los judíos, y que se deja cubrir con la púrpura por manos de los gentiles, representa al Salvador que se despoja en este mismo instante de la sinagoga y se viste de la Iglesia, desechando á los judíos y adoptando á los gentiles. ¡Oh grande y delicioso misterio! ¡Quién hubiera creído jamás que este nuevo motivo de vergüenza para él fuese un secreto de su misericordia para con nosotros!

Finalmente, el reino de Jesucristo se distingue por el menosprecio de los bienes del mundo; su imperio es el de la humildad, de la dulzura, de la paciencia y del perdón en presencia de los insultos, de las injusticias, de las blasfemias y de las persecuciones del mundo. Y ¿por qué otro medio podia nuestro Rey y Señor hacernos comprender mejor el espíritu de esta legislación sublime que recibiendo bofetadas y salivas por tributos, adoraciones burlescas, imprecaciones, sarcasmos y blasfemias por homenaje, y sufriendo todas estas pruebas con una mansedumbre inalterable y una paciencia divina?

Por consiguiente, sólo con verle así humillado y despreciado sabemos al momento quién es, y lo que ha venido á hacer y enseñar en el mundo; nosotros conocemos que es soberano de un reino que no pertenece á este mundo; nosotros conocemos al momento las condiciones con que podemos ser admitidos en este reino misterioso y divino, las leyes que es necesario observar en él, las obligaciones que es necesario cumplir, las virtudes que es necesario practicar, y las recompensas que deben esperarse. El espectáculo de Jesucristo, reducido á este miserable estado de humillación y de dolor, nos predica su Evangelio, y este ejemplo nos instruye tan eficazmente como sus palabras.

¡Acontecimiento nuevo y extraordinario! Si todos los sabios y todos los filósofos del mundo, reunidos en congreso después de haber conocido el espíritu de la religión de Jesucristo, hubiesen tratado de determinar las insignias con que convendría anunciar su soberanía; no hubieran podido seguramente encontrar otras más perfectas ni más expresivas que las que le confirieron sus mismos verdugos. Porque las invenciones de su ciego furor tienen el sello de una Providencia superior y secreta que preside á sus consejos crueles para hacerlos servir á sus misericordiosos designios. Ellas nos demuestran que en todo cuanto ellos hacen, obedecen ciegamente á una inspiración divina, que no comprenden, y que concurren sin saberlo á hacernos ver en Jesucristo un rey que reina por su propia flaqueza,

que se hace adorar en sus oprobios mismos, y cuyo imperio, que no es de este mundo, triunfará desde luego del orgullo del mundo, no por la fuerza de las armas, sino por la paciencia y la humildad de los sufrimientos.

Al darnos á conocer Jesucristo que es verdaderamente rey, ha querido indicarnos también la clase de súbditos que deben ser los cristianos, y por lo que ha sufrido por nosotros, nos ha mostrado lo que nosotros debemos hacer por él. Su corona es de agudas espinas; y en vista de esto, ¡qué monstruosidad, qué vergüenza que los súbditos de un rey coronado de espinas sean flojos, afeminados y voluptuosos! Es necesario, pues, que depongamos á los pies de nuestro amado monarca la corona de rosas profanas, tejida por los pensamientos lascivos, por los deseos ambiciosos, con la que los partidarios del mundo, los súbditos de Satanás están tan dispuestos á adornarse en los fugaces días de esta vida mortal, diciendo: coronémonos con las rosas de los placeres. Arrojemos lejos de nosotros la corona de corrupción y de orgullo que Dios ha maldecido por boca de Isaías, cuyas flores, muy pronto marchitas, ocultan venenosos insectos, y cuya gloria efímera se convertirá un día en una ignominia eterna. Apresurémonos, por el contrario, á colocar en nuestra cabeza la guirnalda dolorosa de nuestro Rey y Salvador, procurando coronarnos de las espinas de una vida austera, mortificada y pura.

Ciñamos nuestra frente, santificada por el bautismo y adornada por la confirmación, con las espinas de santos pensamientos, meditando frecuentemente sobre los horrores de la muerte del pecador, la severidad de los divinos juicios, el rigor de las venganzas de Dios, la eternidad de las penas y lo horrible de las mismas. Si, estos pensamientos son dolorosos y amargos; estos pensamientos son espinas, pero espinas que curan el espíritu mortificando la carne; espinas que nos proporcionan la paz del corazón, conduciéndonos á la santa tristeza de la penitencia; espinas, que al mismo tiempo que reprimen las pasiones, hacen germinar en nosotros los lirios de la santa pureza y los frutos de todas las virtudes.

En segundo lugar, Jesucristo está desnudo: todo su vestido consiste en un andrajo de púrpura que cubre apenas sus espaldas. Por consiguiente, no es muy decoroso que los súbditos de un rey tan pobre procuren con tanto ardor brillar por el lujo y la pompa de sus vestidos, que pueden muy bien distinguirse á los ojos del mundo, pero que nos hacen más pequeños y despreciables á los ojos de los ángeles, é indignos de figurar en la comitiva y en la corte de Jesucristo. Procuremos siempre en nuestros vestidos la gravedad y la

decencia; pero jamás el lujo, el brillo ni la impudencia. Procuremos vestir nuestro cuerpo con la sencillez y la modestia cristiana, y con la púrpura del santo pudor que nos hace agradables á los ojos de Dios, y que es un adorno tanto más precioso, cuanto más rara es hoy esta virtud y más despreciada de los hombres.

En tercer lugar, en las manos de Jesús ponen á manera de cetro una frágil caña, emblema de la locura y de la flaqueza, y sin embargo él no la rechaza, ni la arroja lejos de sí, sino que la estrecha entre sus manos como un cetro de gloria. Así, pues, nosotros que somos sus súbditos, no debemos ruborizarnos de presentarnos ante el mundo armados con la caña de la locura aparente de Dios. No debemos avergonzarnos, sino por el contrario gloriarlos de ser mirados por amor de Jesucristo como hombres débiles. El destino del justo en la tierra es ser ridiculizado por el mundo á causa de su simplicidad. Pues bien, nosotros, súbditos de un rey, que lleva en sus manos el emblema de la debilidad, debemos cuidarnos poco de tales burlas y de tales censuras. Que el mundo nos desprecie todo cuanto quiera, por causa de nuestra fe y por nuestras obras de piedad; que diga que el defecto de luces y la falta de fuerza y de valor nos tiene bajo el imperio de las preocupaciones; que se ría de la delicadeza de nuestra conciencia, de la austeridad de nuestras costumbres, de la modestia de nuestras miradas y de la gravedad de nuestros discursos; que nos confunda entre la turba de necios, y nos llame, si quiere, personas toscas, insensibles, escrupulosas é hipócritas; que nos reconvenga por nuestro espíritu de retiro y nuestro aislamiento del siglo profano; que nos trate como insensatos porque hacemos á la humildad y á la mortificación de la cruz el sacrificio de la hermosura, de la juventud, de la fortuna, de todas las delicias sensuales y de todas las comodidades de la vida; que nos desprecie, en fin, como frágiles cañas: nosotros debemos hacernos superiores á estas injustas censuras, y repetir con San Pablo: «¿Qué me importa el mundo y sus juicios? Dios ve mi corazón. Dios es el que debe decidir sobre mi eterno destino, yo no temo más que sus juicios.» (I. Cor. 4.) A vista de esta santa fortaleza, ¿quién no reconoce en ella la verdadera fuerza de espíritu, la elevación y la nobleza de sentimientos, la grandeza de un alma libre, y esa independencia de corazón que la verdadera religión inspira?

Finalmente, Jesucristo es insultado con homenajes fingidos y adoraciones burlescas; su soberanía es villipendiada y su divinidad ridiculizada; y él sufre estos ultrajes con una calma inalterable, con una paciencia invencible. Así pues nosotros, súbditos de un rey cubierto

de tantos oprobios y sin embargo tan pacífico, sujeto á tantos tormentos y no obstante tan resignado, debemos reprimir en nuestro interior la sed devoradora de honores, de distinciones, de alabanzas y de títulos. Nosotros debemos ahogar en nuestros corazones el desco ambicioso y desenfrenado de elevarnos sin méritos, de dominar á nuestros inferiores y de eclipsar á nuestros iguales. Debemos también renunciar á ese espíritu de altanería que hace que no podamos sufrir ni perdonar, no sólo las ofensas, pero ni siquiera los daños involuntarios que nos hacen nuestros hermanos.

Ved aquí, amados hermanos, las condiciones con que podemos ser reconocidos por verdaderos súbditos de un rey pobre y afligido; ved aquí los tributos que él exige de nosotros, los homenajes que él agradece, y á los que dará sus recompensas eternas. Pongamos, pues, nuestras obras en armonía con nuestra fe. No nos contentemos con adorar á Jesucristo como Dios, con saludarle como rey con nuestras palabras; sino, por el contrario, representemos en nuestra conducta sus humillaciones y dolores, y Jesucristo nos recibirá, en el día de nuestra muerte, en su reino, donde nos hará participar de sus consuelos y de su gloria. Así sea.

---

## LA SENTENCIA DE MUERTE DE JESUCRISTO

---

*Captabunt in animam Justi, et sanguinem innocentem condemnabunt.*  
Los malvados se coligaron contra la vida del Justo, y condenaron la sangre inocente.

(Ps. 93, v. 21.)

La verdad encuentra ordinariamente tres clases de enemigos en las personas que tienen la misión de defenderla: los unos la persiguen con furor, los otros la tratan con desprecio, y los otros en fin la sacrifican á su debilidad. Los primeros se mueven por el interés, los segundos por el orgullo, y los últimos por la política. Y aunque las

causas sean diferentes, el efecto es sin embargo igualmente funesto; es decir que la verdad encuentra más perseguidores que mártires en los hombres que debieran defenderla, y que ella es inmolada con frecuencia por las manos de los mismos que debieran hacerla reinar.

Ved, pues, este triste destino de la verdad en la angusta persona de Jesucristo, que ha dicho de sí mismo que no sólo es el maestro y el oráculo de la verdad, sino que también es la verdad subsistente y personificada. Su causa se presentó en tres tribunales diferentes: en el de Caifás, en el de Herodes y en el de Pilatos. En todos ellos fué proclamada legal y públicamente la santidad y la inocencia de su vida. Y sin embargo el Hijo de Dios, la verdad por esencia, es perseguido en el Sanhedrin con una crueldad inaudita, es orgullosamente ridiculizado en la Corte, y cobardemente sacrificado en el Pretorio. Estos tribunales infames conspiran todos tres reunidos á cumplir esta profecía de David: Que hombres diversos, con un mismo objeto, aunque por diferentes causas, se coligarán contra la vida del Justo por excelencia ó del Mesías, y que condenarían ó harían derramar la sangre reconocida por inocente y pura.

Ya hemos visto cómo se cumplió este horrible misterio de iniquidad en el tribunal de Caifás y en el de Herodes; dirjámonos hoy al tribunal de Pilatos. En él veremos cómo la sangre del Hijo de Dios es condenada cobardemente á ser derramada, y la vida de Jesucristo á ser sacrificada. Llenos de horror al ver la enorme injusticia con que los judíos quitan la vida á Jesús por medio de sus calumnias, nos guardaremos bien de desgarrar la reputación de nuestros prójimos con nuestras murmuraciones. *Ave Maria.*

Es necesario convenir que Pilatos se valió de todos los medios posibles para librar al Salvador de las manos y del furor de los judíos, á excepción del medio único que podía producir efecto, es decir, la firme resolución de preferir la verdad á la política, y la justicia á los respetos humanos. En efecto, después de haber agotado inútilmente todos los recursos, hace el último esfuerzo. Toma á Jesús de la mano, y le conduce al balcón desde donde acostumbraba hablar al pueblo: Ved aquí, dice á los judíos que estaban en tumulto, ved aquí, yo os lo presento por última vez, para que os acabéis de convencer de que yo no encuentro en él crimen alguno. ¡Y en este mismo tiempo apareció en lo alto del palacio el Redentor!... Él tiene en su cabeza su horrible diadema de espinas; el grón de púrpura con que le habían vestido por irrisión cubre sus espaldas; tiene en sus manos una vil caña; su rostro está todo acardenalado y manchado con las

impuras salivas, y de todo su cuerpo, desgarrado por los azotes y acerbillado de heridas, corre la sangre en abundancia. ¿Qué corazones no se hubieran enternecido, qué bestias feroces no se hubieran amansado á vista de este espectáculo? En efecto, la esperanza de ablandar aquellos duros corazones fué la que hizo á Pilatos presentar á Jesús al pueblo, exclamando: Ved aquí el hombre. Ved aquí el hombre cuya muerte solicitáis con una obstinación tan ciega y tan bárbara. ¿No estáis todavía satisfechos? Ved el estado lastimoso á que le habéis reducido.

¿Qué demencia la de suponer que podría desarmar la injusticia de los judíos al presentarles el ejemplo de su propia crueldad, y de creer que contendría su ciego furor, después de haber condescendido hasta aquel punto! ¿Qué locura la de creer que el odio rebelde de los judíos se extinguiría, cuando por el contrario se había enardecido con el ejemplo de barbarie que Pilatos les había dado cubriendo de heridas al Salvador del mundo; y que unos enemigos tan feroces dejarían de pedir la muerte de Aquel á quien habían hecho sufrir tantos tormentos! El pueblo, que no estaba poseído por las pasiones de sus jefes, pareció conmovirse á vista de la paciencia inalterable que Jesús mostraba bajo el peso de tantas ignominias y de tantos dolores; mas los pontífices, los magistrados y los fariseos, verdaderos perros rabiosos y ávidos de sangre, insolentes y bárbaros, al ver ahogar en él los movimientos de una compasión naciente, se adelantan, y levantan su voz gritando antes que todos con nuevo furor: Lejos de nosotros ese criminal; quitale de nuestra vista; crucifícale, crucifícale. No, responde Pilatos, que no conocía bastante el odio de los judíos, ni su propia debilidad, no, yo no me resolveré jamás á crucificar á un hombre á quien reconozco inocente; tomadle vosotros, si tenéis valor para ello, y crucifícale. El debe morir, replican con insolencia los judíos, porque él se ha supuesto el Hijo de Dios, y según nuestra ley, un crimen como éste merece la muerte. Sí, hombres ciegos, injustos y crueles, según vuestra ley, Jesús debe morir. Vuestra ley es la ley de Moisés, vuestra ley son las profecías y los salmos donde la muerte del Mesías en la cruz se encuentra anunciada claramente. Esta ley la hizo el mismo Jesucristo de acuerdo con su Padre. El morirá pues; es más, él debe absolutamente morir, porque es imposible que lo que él mismo hizo escribir en la ley, y lo que hizo anunciar por los profetas, no se cumpla. El morirá, él debe morir; más en virtud de sus decretos, emanados de su libre voluntad, y no á consecuencia de vuestro odio. El morirá, y debe morir, no porque se dice el Hijo de Dios, sino porque siendo verdaderamen-

te Hijo de Dios, se hizo al mismo tiempo hijo del hombre para salvar á los hombres. Así pues, mientras que vosotros blasfemáis, hombres impíos, habláis como profetas. Vosotros anunciáis este gran misterio: Jesucristo, porque es Dios y Salvador de los hombres, debe morir en la cruz, como ha sido anunciado, para dar la vida á los mismos que preparan su muerte.

Al oír esta nueva acusación contra el Salvador: «El se ha supuesto el Hijo de Dios», ¡quién lo creyera! Pilatos se llenó de un temor respetuoso. En efecto, el silencio de Jesucristo, la sabiduría profunda de sus respuestas, el milagro evidente de su mansedumbre y de su paciencia, su grandeza y majestad, y aquel esplendor divino que brillaba siempre en su semblante, sugirieron á Pilatos la idea de que lo que echaban en cara los judíos al Salvador como un crimen, fuera realmente una verdad; que aquel personaje tan extraordinario fuese verdaderamente el Hijo de Dios, y que por consiguiente él mismo se haría culpable de una impiedad enorme al pronunciar una sentencia de muerte contra un hombre que tenía por padre á Dios. Esta es la causa por que tiembla Pilatos; esta es la causa por que se llena de espanto.

Así, pues, poseído Pilatos de esta agitación interior vuelve á entrar en el pretorio con Jesús, y con tono respetuoso y afable le pregunta: Dime por favor claramente: ¿de dónde eres? ¡Oh dichosa mudanza verificada en el espíritu de Pilatos! No pregunta ya al Salvador, como la primera vez: ¿De qué te acusan? ¿Cuáles son los crímenes que has cometido? sino que se limita á preguntarle: ¿De dónde eres? Con estas palabras quería decirle: ¿Pertenecees á la tierra, ó descendes del cielo? ¿Eres solamente hombre, ó eres acaso Dios? El Señor le había hablado ya muchas veces, pero sin utilidad alguna. Por consiguiente, haciéndole oír de nuevo su voz no le hubiera hecho más celoso ni más fuerte para sostener la justicia, ni menos débil y cobarde para sacrificar la inocencia á los respetos humanos. Y supuesto que la gracia, después de haber llamado largo tiempo en vano, acaba por guardar silencio, Jesús por dichos motivos no dió respuesta alguna á la pregunta de Pilatos.

Como no hay cosa más irritable que el orgullo, Pilatos se ofende del silencio que Jesucristo guarda: deja pues entonces de hablarle con el respeto que antes, y con un tono altanero le dice: ¿Quién eres tú para no querer responderme? ¿Ignoras quién soy yo? ¿No sabes que tu vida y tu muerte están en mi mano? ¡Oh juez insensato! por esas palabras descubres tu injusticia y pronuncias tú mismo tu condenación. Si es cierto, como te jactas de ello, que tienes el poder de

absolver y de condenar, ¿por qué no has librado, por qué has hecho azotar al acusado, cuya inocencia has reconocido y proclamado?

La Sabiduría incarnada no creyó sin embargo que debía dejar pasar esta réplica sin revelar lo que tenía de inocente. ¿Qué decís, Pilatos? le contesta Jesús. ¿Por qué tanto orgullo en hacer vuestra autoridad superior á la mía? Sabed que no tendríais poder alguno sobre mí, si no se os hubiera concedido de lo alto: nada podríais sobre mí si mi Padre no me hubiera sometido á vuestro juicio, y yo mismo no hubiese aceptado este juicio de mi propia voluntad. Vos creéis ser el árbitro, y no sois más que un instrumento ciego. Sin embargo, á fin de que Pilatos no se forjase ilusión hasta el punto de no creerse culpable de injusticia por haber sometido á Jesucristo á los azotes, y por querer condenarle á muerte, el Salvador añade: Sabed, sin embargo, oh Pilatos, que el pecado del que me ha entregado á vos es mucho más enorme que el vuestro. Y en estas pocas palabras descubre Jesús á Pilatos el horrible atentado que los judíos cometieron al entregarle á él y que tampoco él era inocente y si su crimen, triste fruto de la timidez y de la debilidad, era menos grave que el de los judíos, no por eso era menos positivo, que él debía, como aquellos, ser castigado por las venganzas celestiales.

Pilatos sintió toda la fuerza de esta reconvenção, y comprendió que esta amenaza hecha con la dulzura de un amigo y la majestad de un soberano, era inspirada por la equidad y estaba llena de sabiduría. Desde entonces trató Pilatos de buscar otro medio para poner al Salvador en libertad. Mas la infame malicia de los judíos conoció bien pronto las nuevas disposiciones del presidente en favor de la compasión y la justicia, y volvieron á comenzar el tumulto y los gritos, diciendo: Sabed, Pilatos, que si dais libertad á este hombre, será para nosotros una prueba de que no sois amigo ni representante del César, sino su enemigo y rival; porque todo el que se hace rey, como éste, se declara contra el César; y todo el que protege á un rebelde, se muestra también rebelde al César. Así, pues, los sacerdotes y los magistrados judíos comenzaron por condenar al Salvador en su Sanhedrin como culpable de blasfemia; ellos le acusaron en seguida de rebelión en el tribunal de Pilatos; después, renunciando á acusarle de alta traición, le inculparon de nuevo como blasfemo y como usurpador sacrilego de la divinidad; y ahora, dejando á un lado el crimen contra la religión, renuevan contra él la acusación de crimen de estado. Por la variación de estos testimonios, que se destruyen al mismo tiempo que se suceden, manifiestan ellos que sus acusaciones no tienen fundamento alguno, y que en esta causa no hay

otra cosa evidente y cierta sino la debilidad del juez y el furor infernal de los acusadores.

Pero lejos de intimidarse Pilatos por estas amenazas y de mirar al Salvador como culpable por haberse llamado rey de los judíos, desde su tribunal proclama él mismo solemnemente la soberanía de Jesús, diciendo al pueblo: «Aquí tenéis á vuestro rey.» A esta declaración inesperada de Pilatos, los judíos no fueron ya dueños de contener su furor; ellos se creyeron más que burlados; se consideraron insultados; y lanzando todos á la vez un grito inmenso de ferocidad, exclamaron: ¡Haced desaparecer al momento ese monstruo! ¡matadle! ¡crucifícadle! Pilatos replica: Jesús es vuestro rey; y ¿me exigis que crucifique á vuestro rey? Más furiosos, más terribles que nunca responden los judíos: ¿Qué rey es ese? ¿de qué rey nos habláis? nosotros no reconocemos más rey que el César, el solo es nuestro legítimo soberano. ¡Oh cegedad! ¡oh blasfemia! El Mesías prometido á los judíos debía tener, según las profecias, el título de rey de los judíos. Aun cuando su soberanía debía ser de una naturaleza diferente de la de los otros monarcas, sin embargo los judíos le esperaban y le esperaban todavía como rey. Decir en un sentido general y absoluto: Nosotros no queremos reconocer más soberano que el César, era excluir, no sólo cualquier otro rey contemporáneo, sino también cualquier otro monarca futuro; era repudiar de una manera explícita aun al mismo Rey-Mesías, el rey que les había sido prometido de la raza de Abrahán, de la casa de David, y entregarse para siempre en manos de un rey gentil, de un rey extranjero, enemigo de su ley y de su nación; era desechar el reino y los beneficios del Mediador, del Redentor y del Autor de la salvación eterna; era, finalmente, abandonar el punto capital de su fe y abjurar la verdadera religión.

Pues bien, una impiedad tan grande sufrirá su justo castigo; Dios concederá á los judíos lo que han pedido; ellos tendrán el soberano que han elegido. Por haber preferido su dominación á la de Jesucristo; por haber preferido el reinado del hombre al de Dios, ellos tendrán, en lugar del Rey-Mesías que debía salvarles, el rey tirano, el César que han invocado; ellos tendrán á Vespasiano, que vendrá á degollarlos, á dispersarlos y á destruirlos.

Por fin Pilatos suscribe la sentencia de muerte de aquel cuya inocencia había reconocido y proclamado, y entrega á Jesús á los soldados para que sea crucificado. ¡Oh debilidad! ¡Oh injusticia! Así debía cumplirse esta profecía. La vida del justo será sacrificada de una manera inicua, y la sangre inocente será injustamente conde-

nada. A pesar de esto, para hacer más auténtico y más solemne el cumplimiento literal de esta profecía, al entregar á Jesús para ser conducido á la muerte, practica una ceremonia misteriosa y absolutamente nueva en los anales de la justicia, haciendo que le llevaran agua al balcón donde se hallaba, se lava las manos en presencia del pueblo, y exclama con voz sonora: Sabed, oh judíos, que yo me declaro inocente de la sangre de este *justo*; esto os pertenece á vosotros, y vosotros responderéis un día de la iniquidad que cometéis.

Indudablemente, los judíos responderán un día ante la justicia de Dios por haber provocado la muerte de Jesucristo por un sentimiento de injusto furor; pero tú también, Pilatos, tendrás que responder de haber cooperado, con una debilidad inexcusable, á un atentado tan enorme.

¡Qué espectáculo tan bello para la fe el ver á Jesús declarado inocente, con una solemnidad tan extraordinaria y tan imponente, por boca del mismo juez que le condena á muerte y en el acto mismo de condenarle! Este acontecimiento, único y maravilloso, nos prueba que la persona que es objeto del mismo, es sin duda un ser maravilloso y único. Todas estas declaraciones, todas estas pruebas tan multiplicadas y tan públicas de la santidad del Mesías eran necesarias para refutar las calumnias futuras de los herejes y de los incrédulos, para quitar á la muerte de Jesús el escándalo, para alejar y hacer imposible la sospecha de que su castigo fué merecido, y probar que su muerte fué un sacrificio puro y voluntario. ¡Oh sabiduría! ¡oh poder de mi Dios, cuán visible os mostráis en todas las cosas! Vos solo, gran Dios, podíais inspirar al juez ese nuevo valor de eternizar el mismo la memoria de su injusticia y de la inocencia de vuestro Hijo, vos solo podíais preparar el encadenamiento de todas estas circunstancias, esta complicación de hechos extraordinarios y contradictorios, pero que tan bien se armonizan en la muerte del Redentor, que le justifican sin librarle, que rinden homenaje á su santidad sin impedir su sacrificio.

No había acabado Pilatos de pronunciar estas palabras justificativas: «Yo estoy inocente de la sangre de este justo; vosotros sois los que responderéis de ella.» cuando el pueblo todo entero, dando un grito unánime, exclama: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. ¡Petición criminal! ¡Imprecación impia y horrible! Pues que estas palabras podían entenderse así: Nosotros responderemos voluntariamente de esa sangre que vos llamáis la sangre del justo. Nosotros consentimos, si es que debe ser vengada, en que la venganza caiga toda entera sobre nuestra cabeza y las de nuestros

hijos. Si es un crimen derramar esta sangre, nosotros queremos que este crimen sea nuestro, nosotros lo aceptamos, y lo aceptamos como nuestro, nosotros cargamos con toda su responsabilidad y su odiosidad; y con tal que sea derramada, estamos dispuestos á que el castigo pese sobre nosotros, sobre nuestras familias y sobre toda nuestra posteridad.

¡Impíos! sucederá lo que queréis. ¡Ay! esta imprecación infernal tendrá un eco terrible en toda la tierra, este deseo sacrilego será satisfecho. La única parte que pedis de esta sangre es el placer cruel de derramarla; esta parte os será concedida. Esta sangre divina caerá sobre vosotros, pero será para perderos en vez de salvaros. También caerá, según vuestras imprecaciones, sobre vuestros hijos, que por muchos siglos se verán envueltos en vuestro crimen y maldición. Ella imprimirá en su frente la marca del deshonor y de la infamia, de modo que, sin nacionalidad, diseminados y fugitivos por toda la tierra como Cain, serán aborrecidos de Dios y de los hombres. A vista de vuestros descendientes, cómplices de vuestra apostasia y de vuestra impiedad, todos los pueblos de la tierra se llenarán de horror y desprecio para con ellos; volverán sus ojos para no verlos, porque leerán escrita en su rostro con caracteres de sangre esta palabra indeleble: *Deicida*.

Por nuestra parte, amados hermanos, convirtamos el insulto en homenaje, la imprecación en súplica, y digamos á nuestro Salvador, con los sentimientos de una humilde piedad y de una viva confianza: Señor, haced que vuestra sangre preciosa descienda sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Derramada en nuestro espíritu para ilustrarlo, en nuestro corazón para convertirlo, en nuestra carne para purificarla, en nuestras familias para santificarlas y en nuestras casas para protegerlas. Haced que esta sangre divina nos libre de los castigos temporales y eternos que hemos merecido por vuestras culpas, como en otro tiempo la sangre del cordero, con que fueron señaladas las casas de los israelitas en Egipto, las salvó de la cólera de aquel ángel exterminador. *Sanguis tuus super nos et super filios nostros*. Haced que sea nuestra santificación, nuestra defensa y nuestro consuelo en la tierra, á fin de que podamos repetirnos un día en los cielos este himno de reconocimiento. Os damos gracias, oh Dios de infinita bondad, por haberos dignado redimirnos con vuestra sangre, dándonos de ese modo un derecho sagrado á vuestro reino celestial. Así sea.

## JESUCRISTO PROCLAMADO POR PILATOS REY Y MESÍAS

*Num aliud possum loqui, nisi quod jussit Dominus, et quod posuerit in ore meo! Ad benedicendum adductus sum, et benedictionem prohibere non valeo.*

¿Puedo yo decir otra cosa que lo que el Señor ha mandado, y lo que él ha puesto en mi boca? Dios me ha traído para bendecir, y yo no puedo estorbar la bendición.

(NUM. 23, v. 12, 20.)

Balac, aquel rey impio de los mohabitas, había empleado en vano las amenazas más terribles, las promesas más lisonjeras y las más brillantes ofertas para obligar a Balaam á maldecir al pueblo de Israel. El profeta, en vez de imprecaciones y anatemas, pronunció sobre el pueblo elegido palabras de paz y le anunció su prosperidad futura diciendo: Que una estrella maravillosa se elevaría un día sobre este pueblo, y que ella sería el signo del nacimiento y de la dignidad real del Mesías. Reconviéndole entonces el rey furioso por haber cumplido su misión de una manera contraria á las órdenes que le había dado, es decir, por haber bendecido á su enemigo común, y hecho votos por su ventura y gloria, en vez de llamar sobre él la maldición del cielo, le responde Balaam: «Príncipe, es en vano que hagáis estallar vuestro furor contra mí. Yo no puedo decir más que lo que el Dios de los Hebreos me ha ordenado, y lo que él mismo ha puesto en mi boca. Ese Dios me ha conducido aquí para que bendiga á su pueblo; y un impulso secreto é irresistible ha arrebatado mi espíritu; ha cambiado mi corazón y ha forzado mi lengua de tal manera que no he podido articular más que palabras de bendición y de prosperidad.

Pues bien, Dios, para honrar la muerte de Jesucristo, renovó el prodigio que había obrado para ilustrar su nacimiento. Del mismo modo que Balaam, que pertenecía á la familia de los gentiles, que

profesaba la religión idólatra y ejercía la profesión de adivino y de impostor, fué forzado por Dios á proclamar contra su propia voluntad, á Jesucristo Hombre y Rey en su nacimiento; así también Pilatos, salido igualmente del pueblo gentil, nacido en la religión pagana, y ejerciendo una profesión militar y política, fué obligado por el mismo Dios á proclamar á Jesucristo Hombre y Rey de los judíos antes de condenarlo á muerte. En efecto él había pronunciado estas palabras: «Ved aquí al hombre;» y luego escribe él mismo este título: «Este es Jesús de Nazaret, rey de los judíos.» De modo que Pilatos hubiera podido responder á los bárbaros judíos que esperaban una sentencia de infamia contra Jesucristo, y no un himno de gloria: que Dios había dirigido su lengua y conducido su mano, que había puesto en su boca estas palabras, y las había hecho salir de su pluma, y que él no había podido hacer otra cosa que glorificar al Señor en el tiempo mismo en que los judíos querían que le deshonrase. ¡Qué grande y magnífico espectáculo para nuestra fe el ver á nuestro Salvador condenado á muerte por el juez que le proclama al mismo tiempo de la manera más clara, más auténtica y más solemne Hombre-Dios, verdadero Mesías y Salvador del mundo!

Consideremos, pues, este primer evangelio, esta primera predicación hecha por un gentil, de las cualidades, del ministerio, de la grandeza y de la gloria de Jesucristo, reuniendo y explicando unidas estas dos grandes y misteriosas declaraciones de Pilatos: «Ved aquí el hombre; ved aquí el rey de los judíos;» y aprendamos por el ejemplo de un pagano á reconocer en Jesucristo no sólo con las palabras, sino también con las obras, nuestro verdadero Dios, nuestro rey y Salvador. *Ave María.*

Pilatos, al presentar á Jesucristo á los judíos, en el estado deplorable á que le había reducido una ferocidad brutal, con una corona desgarradora en la cabeza, una caña en la mano y un andrajo de púrpura en los hombros, desfigurado por las salivas, cubierto de heridas y de sangre, no tuvo otro objeto que el de mover el pueblo á compasión. Cuando después, alzando la voz, dijo á los judíos: «Ved aquí al hombre,» quiso decirles: Ved aquí el estado en que se encuentra el hombre á quien queréis hacer morir. ¡Ah! si el título de rey que él se ha arrogado excita vuestra envidia é indignación, que al menos la abyección profunda á que se ve reducido, pues que nada tiene ya de humano, excite vuestra piedad y atraiga sobre él vuestro perdón.

Mas esta expresión: *Ved aquí al hombre*, está fuera de todas las reglas ordinarias del lenguaje humano. El título de hombre que Pilatos

da á Jesucristo en su sentido universal y absoluto es evidentemente misterioso, y supone que se ha hablado ya de este hombre. Y bien, ¿cuándo y dónde se ha anunciado jamás que debía venir al mundo este hombre extraordinario que Pilatos declara hoy haber venido ya? Para comprender la significación de estas sublimes palabras, recordemos que desde el instante que el hombre desobedeció á Dios, el temor y el miedo de Dios se apoderó de los corazones de todos. Los antiguos, al solo nombre de Dios, temblaban como tiembla el vasallo al oír el nombre del soberano contra quien se ha rebelado, ó como el culpable al oír el del juez que debe condenarle. La alegría estaba entonces desterrada de las fiestas religiosas. La religión era el culto del temor, pues por medio de ceremonias lúgubres y de ritos bárbaros se apresuraba el género humano á aplacar á la divinidad enojada. Los hebreos, más familiarizados con Dios, no experimentaban un terror tan grande, pero sus corazones se abrían más fácilmente al temor y al miedo que á la confianza y al amor. La desgraciada humanidad conocía que tenía necesidad de que el mismo Dios descendiese á salvarla; pero necesitaba un Dios bueno, dulce, humilde, pobre y misericordioso, un Dios semejante al hombre, hijo y hermano del hombre, y que fuese verdadero hombre, á fin de que pudiese calmar su temor, inspirar la confianza y excitar el amor. Ved aquí por qué la humanidad, representada en la Sión llorosa, suspiraba continuamente por la venida del Salvador, y en sus sentidas preces no cesaba de llamar al Hombre que la reconciliará con Dios.

Pues bien; este hombre tan deseado y prometido tantos siglos antes, había venido al fin; este era Jesucristo, que se llamó á sí mismo el *hijo del hombre*, su amigo y su hermano, y que se hizo verdaderamente hombre para salvar al género humano. Y aunque este hombre tan lleno de ternura, de compasión y de amor se haya ocupado en la salvación del hombre desde su nacimiento, se muestra más principalmente el hombre salvador del hombre en medio de los dolores de los azotes, de la coronación de espinas y de las demás ignominias de su pasión. Cuando Pilatos le presenta en este estado á los judíos y á los gentiles que asisten á tan triste espectáculo, cuando le presenta así al mundo entero, cuando finalmente exclama: Ved aquí al hombre, *Ecce-Homo*, es, no sólo el representante del César, sino también el vicegerente de Dios. No sólo un hombre movido á compasión, sino un profeta inspirado por el Espíritu Santo, que en nombre de Dios y por su orden dice á la humanidad piente: Hombres, enjugad vuestras lágrimas; cesad de elevar preces al Señor para obtener de él el hombre de quien tenéis necesidad. Este hom-

bre, objeto de tantos deseos, ha venido ya; vedle, yo os le presento. Ved aquí el verdadero hombre que tiene la naturaleza humana sin tener sus manchas, que tiene la carne sin la concupiscencia, y la miseria sin el pecado. Ved aquí, por consiguiente, el hombre que es la imagen perfecta de Dios, el hombre tipo, el hombre modelo, el hombre perfecto, el único que puede rehabilitar al género humano, porque es verdadero Dios, sin embargo de ser verdaderamente lo que aparece: el verdadero hombre. ¡Ah! si la justicia de Dios, que habéis provocado tantas veces con vuestros extravíos, os aterra, si la majestad de Dios os espanta, si la grandeza de Dios os amedrenta y os hace temblar; ahora que este Dios se presenta á vosotros en la actitud amante y misericordiosa del hombre, y que en este Dios que os rescata no veis más que el hombre que os ama, desterrad el temor de vuestros corazones para dar lugar en ellos á la confianza y al amor.

Pilatos recibió de Dios la misión de proclamar, no sólo la dulzura, la bondad y el amor que caracterizan á Jesucristo, sino también su dignidad y su grandeza; misión que cumplió á pesar suyo y sin comprenderla, con la fidelidad de un profeta, con el celo de un apóstol y de un evangelista. Desde el principio hasta el fin del proceso, jamás dejó Pilatos de dar á Jesús el título de Cristo, es decir, de ungido y de rey de los judíos. Su lengua jamás se detuvo al darle esta calificación; su juicio en este particular jamás fué incierto. En vano los judíos le amenazan con la desgracia del César, si pone en libertad á Jesucristo; que había dicho en presencia del representante del emperador: «Si, yo soy rey.» Esta amenaza, que debía al parecer aterrar á un desgraciado gobernador que carecía de valor y de firmeza; esta amenaza, que debía al parecer impedirle que diese el título de rey al pretendido criminal, y reconociese en él una dignidad tan eminente; esta amenaza, repito, lejos de obligar á Pilatos á retirar sus expresiones y á mudar de lenguaje, le inspira un nuevo valor. No sólo no considera ya el título de rey de los judíos como una usurpación de parte de Jesucristo, sino que él mismo se lo da como su propio nombre, como una cualidad que le pertenece; y no contento con haberle llamado muchas veces *rey de los judíos*, de una manera accidental y de paso, le confirma este título y se lo confiere de una manera auténtica, jurídica y solemne.

El evangelista San Juan dice que después de los gritos amenazadores de los judíos, los que debieron al parecer haber intimidado á Pilatos, éste, por el contrario, entra en el pretorio, toma á Jesús de la mano, le conduce de nuevo al balcón de palacio que dominaba la

plaza donde estaban reunidos todos los judíos; en seguida hace trasladar la silla de piedra en la que acostumbraba pronunciar las sentencias; se sienta en ella como un magistrado que va á decretar un fallo importante, y presentando á Jesucristo al pueblo reunido en masa en aquel lugar, con voz majestuosa y sonora, pronuncia estas palabras: «Pueblo judío, ved aquí vuestro rey.»

Al decir Pilatos á los judíos: «Ved aquí vuestro rey», no habló como hombre privado, sino como juez; no emitió una opinión, sino que formuló una sentencia; no dijo una lisonja, sino que pronunció en última instancia, como juez supremo, una sentencia verdadera, justa é inapelable. Y ¿qué fué lo que motivó esta sentencia? Jesucristo había declarado muchas veces que él era el verdadero Mesías ó el verdadero rey de los judíos. Los judíos no querían reconocerle como tal; lejos de eso, le acusaron de haber usurpado esta cualidad eminente. Se necesitaba, pues, un juez, extraño á la religión, al pueblo, á las preocupaciones y á las pasiones de los judíos, para que decidiese solemnemente esta importante cuestión. Pues bien; Pilatos es un juez romano y gentil, elegido por los mismos acusadores, y, por lo tanto, no puede ser sospechoso. Él observa en este gran proceso todas las formalidades de un verdadero juicio. Oye á Jesucristo, que afirma que es el rey de los judíos, y á los judíos que lo niegan absolutamente. Después de haber oído á las partes en sus debates contradictorios, y de haber sometido el asunto á un maduro examen, decide en favor de Jesús, y declara en forma de sentencia: Que Jesús es el verdadero rey de los judíos, ó el Mesías que se les había prometido y que ellos esperaban.

Mas esto no es bastante en los consejos de Dios; esta grande declaración, esta magnífica sentencia, esta verdad importante, salida de la boca del supremo juez, debía ser consignada por escrito, y colocada sobre el trono del nuevo rey en caracteres inteligibles á todos los pueblos de la tierra, á fin de que los que no habian podido oír, pudiesen al menos leerla y comunicarla á los demás, de modo que nadie pudiese alegar ignorancia con respecto á ella. Esto es justamente lo que hace Pilatos en la inscripción que debía ser colocada sobre la cruz, redactada en estos términos: «Este es el rey de los judíos.» A la vista de este título de *rey de los judíos*, título augusto y sagrado que constituía la soberanía de Jesucristo, y que, á excepción del Mesías, no podía, sin cometer un gran crimen, aplicarse á ningún hombre, aun cuando fuese rey ó emperador; los principes de los sacerdotes se escandalizaron y se llenaron de confusión y horror. El Sanhedrín se presenta en cuerpo á Pilatos, y con un acento de

rabia y un tono de amenaza le hace observar que según costumbre debía escribirse sobre el patíbulo de los sentenciados los crímenes que los habian llevado al suplicio; que la inscripción que él habia puesto sobre la cruz daba á entender que Jesús era verdaderamente rey de los judíos, debiendo expresar por el contrario que él habia usurpado este título; que ella indicaba la soberanía de Jesucristo sobre los judíos como un derecho legítimo y no como un atentado; que por consiguiente debía reformar esta inscripción, escribiendo en su lugar que Jesucristo *pretendió* injustamente ser el rey de los judíos, pero que *en realidad* no lo era. Pilatos responde decididamente á las instancias, al furor y á las amenazas de los judíos: Vosotros exigis demasiado. A pesar de vuestros clamores, el título permanecerá tal como lo he trazado; no se hará en él la mas pequeña alteración. Lo que yo he dicho está dicho, y lo que he escrito está escrito.

Observemos con respecto á esta sentencia misteriosa, que, teniendo los romanos la costumbre de escribir en latín las sentencias que se fijaban sobre el patíbulo de los criminales, la sentencia de Jesucristo se escribió en latín, en hebreo y en griego, es decir, en las tres lenguas más conocidas entonces en el mundo. Y esto sucedió por una disposición particular de Dios, á fin de que fuese notorio desde aquel momento que todas las naciones debían sujetarse un día á Jesucristo. Los crímenes de los dos ladrones estaban expresados sobre sus cruces en una sola lengua; mas la cruz en que estaba suspendido el Salvador se distinguía de las otras dos por una inscripción en tres lenguas, la cual, lejos de mencionar un delito ó una cualidad usurpada, indicaba por el contrario una dignidad personal é inamisible, un título de honor que le pertenecía verdaderamente; porque en ella se decía en un sentido positivo y absoluto: Este es el rey de los judíos.

¡Oh grande y sublime misterio! Cuando Jesús nació en la gruta de Belén, los santos reyes magos se presentaron diciendo: Nosotros sabemos que el verdadero rey de los judíos ha nacido. Decidnos dónde se halla; porque queremos reconocerle y adorarle. Y ahora que Jesucristo muere en el Calvario, Pilatos atestigua también que Jesús es el verdadero rey de los judíos. Luego si, como ya hemos dicho, *Rey de los judíos* significa *Mesías*, es claro que Jesucristo fué reconocido y proclamado como Mesías y Salvador del mundo en su nacimiento y en su muerte, cuando era todavía un niño en Belén, y cuando fué crucificado en el Gólgota. Los magos revelaron á los judíos que Jesucristo, que acababa de nacer, era el Mesías, cuando los judíos intrigaban con Herodes para degollar al mismo Mesías en su cuna; y Pilatos les hace la misma revelación en el momento en que

ellos obligan á este gobernador, por medio del temor, á que haga morir al Mesías en la cruz. Los judíos procuran evitar que los gentiles reconozcan al Mesías, y los gentiles son los primeros en predicar el Mesías á los judíos. Los extranjeros le confiesan como Redentor, en tanto que su pueblo le niega y le desprecia.

Pilatós, sin saberlo, ejerce el ministerio más noble, el más santo y el más augusto; anuncia el triunfo, la soberanía, la gloria y la grandeza de Jesucristo. Es verdad que él no conoce la alta dignidad ni la noble misión de que Dios le ha revestido; mas no por eso deja de cumplirla con fidelidad. ¿Qué importa la intención con que habla ú obra? Cuanto menos reflexiona, más evidente es que en estas graves circunstancias es el instrumento de los profundos misterios de Dios. Pilatós nada comprende de cuanto dice y hace; mas no por eso es menos cierto que sus palabras y sus obras son sublimes, maravillosas y llenas de verdad; porque Dios es el que mueve la lengua de este nuevo Balaam, como una madre hace pronunciar á su tierno hijo palabras cuyo sentido le es desconocido; Dios es el que guía su mano como un maestro guía el brazo de su discípulo y le hace escribir lo que todavía ignora; y con una asistencia tal, bajo esta inspiración divina no puede errar Pilatós, ni puede hacer otra cosa que anunciar á Jesucristo. ¡Oh amados hermanos, cuán grande y cuán magnífica es la religión!

La constancia de Pilatós en proclamar en alta voz y por escrito á Jesús rey de los judíos y Mesías, y esto contra todos los cálculos humanos del interés, del honor y de la política, fué seguramente un admirable prodigio de la inspiración divina; pero también fué un prodigio terrible de la inspiración del demonio la ciega obstinación de los judíos en despreciar á este mismo Jesús, su rey y su Mesías, y en negarle á vista de un gentil, de un extranjero que le revela y le anuncia tan solemnemente. ¡Mas ay! ¡desgraciados de ellos! ¡Cuán horrible es la venganza que este rey, este Mesías tan odiado y tan despreciado por ellos va á descargar sobre sus cabezas! Apenas consumaron su delicto en tiempo de Tiberio, cuando comenzaron, bajo el imperio de Calígula su sucesor, á ser repelidos de una manera espantosa. Procuraron después sacudir este yugo de hierro; mas Nerón los castigó por su rebelión, llevando la desolación por toda la Judea. Finalmente Vespasiano puso sitio á Jerusalén, y sufrieron ellos entonces unos tratamientos tan bárbaros y unos males tan excesivos, que no se puede leer sin estremecerse la relación que de ellos hace el historiador hebreo Josefo, testigo de estos sucesos.

Y para no dejar duda alguna acerca de la causa que acarrió so-

bre ellos tantas desgracias, el mismo historiador nos dice que fueron tratados de la misma manera que ellos habían tratado á su Mesías, á su rey y á su Señor Jesucristo; habían querido someter al Salvador á una flagelación bárbara, y hacer caer á pedazos su carne virginal, y ellos también, al momento que salían de la ciudad y caían en poder de los romanos, eran cruelmente azotados y desgarrados de la manera más atroz. Á los tormentos inauditos que ellos habían hecho sufrir á Jesucristo, habían añadido todas las ignominias y todos los insultos; y ellos á su vez, obligados á sufrir los tormentos inventados por el odio de los vencedores, tuvieron que devorar en silencio todo género de afrentas, de burlas y de oprobios. Finalmente, con sus clamores tumultuosos y con sus amenazas de sedición habían obligado á Pilatós á crucificar á Jesús, y ellos perecieron igualmente en el suplicio de la cruz, á pesar de la costumbre que los romanos habían observado hasta entonces de cortar la cabeza á sus prisioneros de guerra, ó de atravesarlos con su lanza. Además, las cruces en que se les suspendía fueron colocadas en frente de los muros de la ciudad, de la misma manera que ellos habían colocado la cruz de Jesucristo. Cada día, durante esta guerra de exterminio, más de quinientos de aquellos infortunados eran entregados á este horroroso suplicio, y no se encontraban ya maderos bastantes para crucificar los cuerpos ni terreno suficiente para colocar las cruces. ¡Oh espectáculo terrible! ¡oh escena de horror! Figuraos la ciudad de Jerusalén rodeada de millares de cruces, de las que pendían otros tantos cuerpos humanos, los unos expirando en medio de las más espantosas contorsiones, los otros ya muertos, en una actitud horrible, y la mayor parte esparciendo en los aires un pestífero olor. ¡Ah! indudablemente era Dios el crucificado, cuya muerte es vengada con tantas víctimas.

¡Ay! el crimen de los judíos se renueva diariamente entre los cristianos. En efecto; Jesucristo tiene dos especies de imperio en este mundo; el uno, como Dios criador, sobre todos los hombres en general; el otro, como Dios redentor, sobre los cristianos en particular. El uno es el imperio de su naturaleza, el otro es el imperio de su gracia; el primero lo ejerce sobre todas las personas, y el segundo lo ejerce más especialmente sobre los corazones de sus fieles, que reciben su doctrina, escuchan sus preceptos, observan su ley y esperan sus recompensas. El imperio de la naturaleza es esencial á Jesucristo; es necesario, absoluto, eterno, inamisible ó independiente de la voluntad de los hombres; mas el imperio de su gracia en los corazones es adquirido, accidental, exento de toda violencia moral ó material, y dependiente de nuestra voluntad, y por esta razón podemos dispu-

társelo y aun arrebataré, sino en cuanto al derecho, por lo menos en cuanto al hecho. Todos nuestros esfuerzos y toda nuestra mala voluntad no pueden hacer que Dios criador y señor del universo deje de ser esencialmente nuestro Rey y nuestro Señor. Pero podemos impedir que reine en nuestros corazones por su gracia, como Rey-Redentor, supuesto que nos ha dejado la libertad de permanecer bajo su obediencia ó sacudir su yugo. De manera que, á pesar de las obligaciones que nos unen á él y de las ventajas que reportamos de ser sus fieles súbditos, podemos, como los judíos, rechazar su soberanía, no queriendo reconocer más rey que el César, es decir, nuestros apetitos sensuales, nuestra concupiscencia, nuestras pasiones y el demonio que las halaga y las enardece.

Comprended bien esto, cristianos alejados del espíritu del Cristianismo y desertores de sus principios y de sus leyes. Cuando abrazáis una doctrina diferente de la que Jesucristo ha revelado y de la que sola la Iglesia es la fiel depositaria y el intérprete infalible; cuando violáis atrevidamente la ley que él ha promulgado; cuando ponéis en ridículo á los que la observan, y los tratáis de espíritus débiles, supersticiosos y preocupados; cuando miráis con indiferencia los castigos que él tiene suspendidos sobre vuestra cabeza y las recompensas que hace brillar ante vuestros ojos; cuando menospreciáis el santo temor de Dios, el espíritu de abnegación y de sacrificio, la delicadeza de conciencia, la piedad y la devoción de los verdaderos creyentes; cuando tomáis por regla de vuestra conducta los principios, las ideas y las máximas del mundo, las satisfacciones de la ambición, del interés y de la voluptuosidad, entonces rechazáis como los judíos, de una manera positiva, física y real, el reinado de Jesucristo sobre vosotros. Entonces declararéis verdaderamente que no queréis reconocerle por Rey, por Mesías ni por Redentor, porque rechazáis las condiciones esenciales de su soberanía, de su misión y de su redención, las únicas condiciones con que quiere y puede salvarlos; entonces preferís indudablemente el reinado profano del César, el reinado del demonio, de las pasiones y del pecado, al reinado de la gracia de Jesucristo.

Pero no es esto todo. En medio de esa vida puramente carnal, de esos goces terrenos y profanos, alimentaréis siempre en vuestro interior el deseo infernal de que otros se arrojen, como vosotros, en las cadenas del pecado, y abandonen al Salvador como vosotros le habéis abandonado; vosotros querréis hacer desaparecer del mundo la fe de Jesucristo rechazando sus misterios, su ley como demasiado severa, su predicación como harto importuna, y su espíritu de caridad, de

pureza, de humildad y de paciencia como pesado y molesto; vosotros desearéis, por lo menos, que Jesucristo, con su culto y su religión, se contente con permanecer encerrado en sus templos, con reinar solamente sobre el pueblo, sobre el sexo devoto y sobre los espíritus sencillos é imbéciles, sin que pueda ejercer acción ni influencia alguna sobre los individuos, sobre las familias ni sobre la sociedad; de este modo desearéis que él sea desconocido, ignorado y cubierto de ignominia y de dolor. Y bien; al abrigar en el fondo de vuestros corazones estos deseos diabólicos y sacrilegos, aun cuando no siempre tengáis la horrible sinceridad de manifestarlos en vuestros discursos, ¿no os negáis formalmente á reconocer el reinado de Jesucristo, y confundís con una infernal armonía los gritos de vuestro corazón con los clamores de los judíos, para obtener que el Hijo de Dios sea despreciado, y que el Mesías sea crucificado de nuevo para siempre?

Pero, ¡desgraciados de vosotros! Así como habéis renovado el crimen de los judíos, sufriréis también su castigo. En el momento de la muerte, separándose el alma criminal de vuestro cuerpo, caerá en manos de ese Rey inmenso, infinito, omnipotente y eterno, rodeado de gloria y de majestad, que ejercerá sobre vosotros una justicia tanto más severa y más terrible, cuanto mayor es la bondad, la paciencia y la misericordia que muestra hoy por vosotros. Así como el César, cuyo imperio prefirieron los judíos al de Jesucristo, reconociéndole por su único rey, fué después su destructor y exterminador; así esos genios del infierno, cuyas inspiraciones preferís á los movimientos de la gracia, dándoles en vuestro corazón el lugar de Jesucristo, serán también vuestros verdugos después de la muerte, así como son vuestros tiranos durante la vida. La justicia eterna os entregará en su poder para que seáis también eternamente insultados, atormentados y crucificados por ellos, de la misma manera que vosotros ultrajáis, atormentáis y crucificáis ahora á Jesucristo. ¡Ay! ¡oh Rey inmortal del cielo y de la tierra! ¿Quién será el hombre tan temerario, tan sacrilego y tan insensato, que ose todavía insultar vuestra majestad, negar vuestra doctrina, hollar vuestras leyes, profanar vuestra religión, reirse de vuestro poder, despreciar vuestros juicios y mofarse de vuestra venganza?

¡Ay, hermanos míos! No seamos nosotros del número de esos desventurados; formemos desde este día la resolución de servir fielmente á nuestro Rey y Señor. No nos contentemos con creer en él, tratemos de obedecerle. No nos limitemos á adorarle, procuremos al mismo tiempo amarle. Destruyamos en nosotros el reinado de la culpa.

Obremos de manera que Jesucristo reine solo en nuestro espíritu por su fe, en nuestro corazón por su gracia, en nuestra conducta por sus ejemplos, en nuestras personas, en nuestras casas y en nuestras familias por su protección; á fin de que, reinando en nosotros y con nosotros en el tiempo, podamos un día reinar en él y con él en la eternidad. Así sea.

## LA SALIDA DE JESÚS DE JERUSALÉN

*Et apprehensum eum eiecerunt extra vineam, et occiderunt.*

Y apoderándose de él, le echaron fuera de la viña, y le mataron.

(MATH. XXI, 39.)

El dueño de una viña grande y fértil, dijo Jesucristo á los judíos pocos días antes de morir, la había arrendado á varios colonos, después de haberla provisto de todo lo necesario. Mas al tiempo señalando envió á sus siervos para que cobrasen la renta convenida, y aquellos criminales, en vez de pagar al dueño de la viña lo que le debían, hicieron sufrir á sus siervos los más bárbaros tratamientos; á unos los arrojaron á pedradas, á otros los apalearon, y á otros los mataron. Habiendo el dueño mandado después otros siervos, que no tuvieron mejor suerte que los primeros, resolvió finalmente enviar su propio hijo á aquellos colonos ingratos, diciendo: «Yo espero que ellos respetarán siquiera á mi hijo.» Pero, ¡vana ilusión! Cuando los renteros le divisaron desde lejos, dijeron entre sí: «Allí viene su hijo, allí viene su heredero. ¡Pues bien! Matemos también al hijo, matemós al heredero.» Y apoderándose de él, le echaron fuera de la viña, y le mataron.

Jesucristo indicó en esta parábola el crimen que los judíos estaban entonces próximos á cometer. La viña era la verdadera sinagoga, la verdadera Iglesia que el Dios Padre había confiado á la nación judía. Mas aquel pueblo infiel, en vez de tributar al Señor supremo los fru-

tos de fe, de virtud y de piedad que éste tenía derecho á esperar de él, se atrevió á maltratar á sus fieles servidores; porque, en efecto, él había perseguido, apedreado y dado muerte á cuasi todos los profetas enviados por Dios para anunciarle sus oráculos y llamarle á la religión y al cumplimiento de sus deberes. Dios le envió finalmente, en la persona de Jesucristo, su Hijo único hecho hombre. Mas los pérfidos judíos no perdonaron tampoco á este divino Hijo; después de haberse apoderado de él y haberle condenado á muerte, le sacaron fuera de las puertas de Jerusalén para crucificarle; así cumplieron á la letra lo que el Señor había anunciado en su parábola profética, cuando dijo: Que la muerte del heredero, del hijo, debía verificarse fuera de la viña. Sin embargo, como el Redentor había anunciado claramente la circunstancia de que el teatro de su muerte sería fuera de Jerusalén, y como, por otra parte, el relato de los Evangelistas nos enseña que esta profecía se cumplió literalmente, es imposible que ella no encierre un gran misterio. Pues bien; este misterio de Jesús sacado de Jerusalén para ser crucificado, es precisamente el que vamos á explicar en el día de hoy. Asunto ciertamente, hermanos míos, digno de llamar nuestra atención, y de aumentar al mismo tiempo nuestra fe y nuestra piedad. *Ave María.*

Entre los romanos había la costumbre de que los soldados condujesen al suplicio y diesen muerte á aquellos á quienes los magistrados habían condenado á muerte capital. Por esta razón los soldados del pretorio fueron los que se apoderaron de Jesús y se le llevaron, tan luego como Pilatos pronunció la única sentencia que condenaba al Señor á morir en la cruz; pero Jesucristo se sirvió de esta costumbre para presentar un gran misterio. El sacrificio del Calvario debía reconciliar y salvar indistintamente á los judíos y á los gentiles, y de estos dos pueblos se debía formar un solo pueblo y una sola Iglesia; por consiguiente quiso que los dos concurriesen unidos á su cumplimiento; y como los judíos habían ya contribuido á él pidiendo la crucifixión del Redentor, ahora los gentiles, en persona de los soldados, concurren á él por su parte poniendo en ejecución la sentencia de muerte.

Ellos quitaron pues de los hombros de Jesús el manto irrisorio con que estaba cubierto, y le pusieron sus propias vestiduras, las cuales, según la costumbre, debían ser propiedad de los verdugos después de la crucifixión. Dios hizo servir también á este misterio el vergonzoso cálculo del interés. Las vestiduras de Jesucristo, como veremos más adelante, eran la figura de su Iglesia. El debía, pues,

llevarlas hasta el Calvario, ponerlas al pie de la cruz y teñirlas con su sangre, porque la Iglesia debía hallarse presente en el Gólgota y ser allí regada con la sangre de su divino Esposo.

Entre tanto, presentan á Jesucristo la cruz, que, según la costumbre de los romanos, debía llevar el mismo sentenciado que había de ser clavado en ella. Mas el Redentor, para enseñarnos el anhelo, el gozo, ó al menos la sumisión con que debemos recibir nuestra cruz, no espera á que los soldados vengan á imponerle la suya. Apenas vió el instrumento de su muerte y de nuestra salvación, objeto de sus más vivos deseos desde el instante mismo de su concepción, corrió á su encuentro; y con la calma en el semblante, y la alegría en el corazón, la puso él mismo sobre sus hombros sajados por los azotes. Esta circunstancia se manifiesta claramente por el Evangelista que dice, que Jesús se cargó él mismo la cruz.

Ved aquí, pues, al Hijo adorable de Dios cargado con el infame patíbulo reservado únicamente á los más criminales de entre los hombres; ved aquí al Señor del mundo llevando la enseña del más vil esclavo. ¡Oh espectáculo sorprendente! Mientras que la impiedad no encuentra en él más que un objeto de irrisión, la verdadera fe admira un misterio sublime. Sí, que los impíos en su orgullo sacrilego se rían cuanto quisieran de un rey que no lleva más emblema de su soberanía que el instrumento ignominioso de su suplicio; en cuanto á nosotros, que estamos iniciados por la fe en los secretos de Dios, vemos claramente en él el rey de la gloria que, llevando la cruz en la que pronto había de morir, la santificó, la ennoblecó, y no sólo inspiró á sus humildes discípulos el valor necesario para gloriarse en ella y llevarla como un consuelo, sino también á los mismos monarcas de él de colocarla sobre sus frentes como un regio adorno.

La profecía que anunciaba cómo los pérfidos colonos sacarian de la viña al heredero para matarle, se cumplió. El Salvador cargado con el pesado madero de la cruz, precedido de los lietores, que al son de la lúgubre trompeta anuncian el paso del sentenciado, rodeado de dos filas de soldados, seguido de una inmensa turba del pueblo, escoltado ó más bien arrastrado por los verdugos, en medio de las burlas de los malos y la compasión de los buenos, y atravesando las calles más principales de Jerusalén, sale de la ciudad y camina hacia el Calvario. Sus fuerzas se agotan, sus carnes caen á pedazos, todo su cuerpo se debilita y se quebranta por las heridas; el camino que conduce al Calvario es escarpado y difícil; el madero de la cruz es de un peso enorme, y sin embargo Jesús no pide que le alivien en su pesada carga. ¡Jerusalén, adiós! ¡Jesús sale de tus muros para no

volver á entrar en ellos; Jesús te deja para no volver á verte más! ¡Oh ciudad infortunada! muy pronto sabrás quién es el que conduces á la muerte; porque ¡desgraciada la ciudad, desgraciado el pueblo, desgraciada el alma infiel, ingrata y pecadora, de quien el Señor se aleja! ¡Desventurada Jerusalén, que rechazas la persona de Jesucristo, y vosotros, pecadores, que rechazáis su gracia, sus inspiraciones, sus palabras, su misericordia y su amor, vosotros seréis rechazados también por Jesucristo; en el instante mismo en que no queréis oír hablar más de Jesús, Jesús tampoco quiere oír hablar de vosotros; en la hora en que abandonáis á Jesús despreciando su ley, su culto, su fe, su Iglesia y su religión, sois abandonados vosotros á la justicia de Dios!

Mas los judíos, arrendatarios ingratos y pérfidos, no ven otra cosa en su infernal obcecación por la utilidad funesta que esperan reportar de la muerte del heredero; ellos no piensan en el terrible castigo que les espera, y ved aquí por qué, animados de un gozo feroz, le echan fuera de la viña para inmolarle, le sacan de la ciudad para crucificarle. La historia de la Pasión es un cuadro admirable de los bárbaros tratamientos que Jesucristo visiblemente sufre de parte de los judíos y sayones, y de los misterios sublimes que el Dios oculto cumple con una independencia absoluta. Los judíos, para cubrir de ignominia al Señor, imaginaron crucificarle fuera de la ciudad, y él mismo fué quien preparó esta circunstancia para representar en ella un gran misterio. San Pablo recorrió un extremo del velo que ocultaba este misterio, y nos lo presentó á nuestra admiración y piedad, diciendo: Recordemos que las antiguas víctimas eran inmoladas y consumidas por las llamas fuera del campo hebreo, y por esta razón Jesucristo, á fin de santificar á su pueblo con su propia sangre, quiso morir fuera de las puertas de Jerusalén. Es necesario, pues, según San Pablo, no ver en Jesucristo, sacado de la ciudad para ser crucificado, otra cosa que el Redentor del mundo que cumplía entonces las antiguas profecías y las antiguas figuras. Mientras que él se mostraba bajo la forma de un criminal conducido al suplicio por sus propios delitos, era en realidad la augusta víctima cuya figura eran las antiguas, y que iba á inmolarse para expiar los crímenes de otros. Y notad bien la perfección con que se realiza la figura en aquel que es objeto de ella.

En el día de la expiación solemne, una vez al año, el soberano pontífice, extendiendo las manos sobre la víctima, confesaba públicamente las iniquidades de Israel, las depositaba en el inocente animal, é invocaba sobre él todas las maldiciones y todos los anatemas.

mas que debían caer sobre la nación por causa de sus pecados. Todo el pueblo repetía las mismas imprecaciones después de este preludio, la víctima era llevada fuera del recinto, como un objeto maldito é impuro, cuya presencia hubiera podido manchar el campo hebreo; en seguida era degollada públicamente. ¡Oh ceremonia verdaderamente misteriosa! En dos copas se recogía la sangre de esta víctima, y el soberano pontífice las llevaba al santo de los santos, donde él solo tenía derecho á entrar. Con esta sangre, tenida al principio como impura, purificaba en seguida á todo el pueblo, el altar de los holocaustos y el santuario mismo. Así, pues, Israel creía recibir la expiación y el perdón de sus pecados, del oprobio, de la maldición pública y de la muerte de un animal; y la sangre de una víctima, cargada poco antes de las imprecaciones y anatemas de todo el pueblo, se hacía la prenda de la reconciliación del pueblo con Dios, y el motivo de su confianza en él.

¡Oh riqueza, oh magnificencia, oh armonía de los libros santos! ¿Podía Dios hacer representar en el antiguo testamento de una manera más clara y precisa el sacrificio que su Hijo había de consumir en el nuevo? En efecto, Jesucristo era una víctima santa, pura, inocente y separada de los pecadores; sin embargo, Dios, que es el soberano pontífice, único verdadero, confesó y puso sobre él todas las iniquidades del mundo, y la hizo por nosotros el objeto de la maldición y del pecado de todos los hombres. El pueblo repitió igualmente sobre él estas imprecaciones y estos anatemas; los judíos y los gentiles, después de haberle blasfemado, insultado y escarnecido, pidieron su muerte con grandes gritos; y temiendo que manchase la ciudad con su presencia, le llevaron, como á las antiguas víctimas, fuera de los muros para inmolarle allí. Pues bien, supuesto que las antiguas víctimas, inocentes en sí mismas, eran sacrificadas así por los pecados del pueblo, Jesucristo, al ofrecerse como una víctima, nos da á conocer de una manera sensible que, aunque por un sacrificio más noble y más eficaz, va á morir inocente, pero cargado con todos los pecados de las hombres y con todos los anatemas que ellos han merecido. Además, como la sangre de la víctima, tenida como impura antes de su inmolación, era después una sangre que santificaba todas las cosas, esta particularidad, dice San Pablo, nos da á entender claramente que la sangre de Jesucristo, que va á ser derramada en el Calvario con tanta ignominia y tanto oprobio, será una sangre mucho más santificante, supuesto que lavará á su pueblo y santificará á su Iglesia, verdadero Tabernáculo de Dios en la tierra, que Jesucristo, por la efusión de su sangre divina, destruirá el pecado pú-

blico y universal del mundo, y que al consentir hacerse maldición por el pecado, atrajo sobre sí mismo é hizo cesar todos los anatemas pronunciados contra los hombres.

Tal es el grande y consolador misterio que se encierra en estas palabras tan sencillas del Evangelio. Ellos le condujeron fuera de la ciudad. Y observad que donde San Mateo se vale de la palabra *le sacaron*, lo cual parece que indica violencia y necesidad, San Juan dice por el contrario que Jesús *salíó por sí mismo* fuera de la ciudad, expresión que indica una voluntad libre é independiente de parte de Jesús. Pues bien, estas dos expresiones son igualmente ciertas, porque aunque es verdad que los judíos le condujeron fuera de los muros de Jerusalén para hacerle morir sobre el Gólgota, también lo es que no fué llevado sino porque así lo había dispuesto y lo había querido él mismo. Es verdad que fué conducido á la muerte como una víctima, cuya vida depende de la violencia ó del capricho de otro; pero también lo es que él mismo se ofreció á la muerte como dueño de su propia vida, según su voluntad y con una independencia absoluta. Es verdad que apareció á los ojos de los hombres como un criminal que iba á sufrir su castigo fuera del recinto de su morada, por temor de que profanase la ciudad con su vida ó con su muerte; pero no es menos cierto que á los ojos de Dios su Padre, Jesucristo á la vez en calidad de Pontífice universal de este mismo Padre, fué á ofrecer, ofreciéndose á sí mismo, un sacrificio universal, no sólo en su principio, sino también en sus efectos.

Así, pues, los judíos, pérfidos y obcecados, conduciendo al Salvador fuera de Jerusalén, no hacen más que servir á sus misteriosos designios y cumplir su voluntad, porque él decretó que moriría al descubierto, para indicar de una manera visible que no se ofrecía por un solo pueblo, sino por todos los pueblos, que todos tendrían derecho á su sacrificio, y que los efectos de su muerte no se limitarían al recinto de una sola ciudad, de una provincia ó de un reino, sino que se extenderían á todo el universo. ¡Ah! ¡Cuán admirable es este misterio de Jesús muriendo fuera de los muros de su ciudad! Se necesitaba para este sacrificio una Iglesia distinta del templo de Salomón, cuyo ministerio, todo figurado, estaba consumado ya en la persona de Jesucristo. Se necesitaba un lugar distinto de Jerusalén, cuya destrucción próxima debía ser el castigo de su deicidio. Un recinto particular no convenía á una hostia universal ofrecida por todos los tiempos, por todos los lugares y por todas las criaturas. La cruz debía ser expuesta en un sitio público, á vista de todos, para que fuese el altar, no de un solo templo, sino de todo el mundo.

Sin embargo, al revelar San Pablo la circunstancia del lugar donde va á morir Jesús, no sólo manifiesta un gran misterio que el Salvador ha cumplido, sino que nos da á conocer también una obligación imperiosa que Jesucristo nos ha impuesto y que nosotros debemos cumplir, porque concluye diciendo: Unámonos, pues, á Jesucristo, salgamos con él de Jerusalén para ir á un campo abierto, y sigamos sus pisadas cargados con la gloriosa ignominia de la cruz. Jerusalén, esa ciudad infiel y deicida de donde sale el Señor, es la figura del mundo que desprecia y niega á Jesucristo, de este mundo de quien Jesucristo declaró haberse separado, cuando dijo: Yo no soy de este mundo, y cuando lo excluyó de su oración, al decir á su eterno Padre: Yo no os ruego por el mundo. Por consiguiente, aquellos que hacen causa común con el mundo, que profesan el espíritu y las máximas del mundo, que no piensan ni trabajan sino para asegurarse una posición brillante en el mundo, no siguen á Jesucristo al Calvario por el camino de los sufrimientos y de las humillaciones, sino que permanecen en Jerusalén, de donde Jesucristo creyó que debía salir; permanecen en este mundo que Jesucristo ha anatematizado.

Fijemos, pues, los ojos de nuestro espíritu en este misterio hecho sensible para nosotros por la salida de Jesús de Jerusalén. En los judíos endurecidos que permanecen en su recinto y dejan ir solo á Jesús, y en las mujeres piadosas que le acompañan en el Gólgota, reconocemos la gran separación de los elegidos y de los réprobos: distingámos los que aman á Jesucristo de los que le desprecian; los que desean permanecer á su lado de los que huyen de él; los que suspiran por su patria de los que aman su destierro; en una palabra, los que siguen el camino del cielo de los que van por el camino del infierno. Apresurémonos á salir de esta deicida Jerusalén, ó más bien de esta Babilonia donde Jesucristo es desconocido y olvidado; donde la ley divina, el pudor, la devoción y la piedad son calumniadas y ridiculizadas; en otros términos, separémonos de la sociedad, del trato y de la vida de los ambiciosos, de los sensuales, de los que no tienen más ídolo que el interés. Guardémonos de sustituir el Evangelio del mundo al Evangelio de Jesucristo. Guardémonos de tomar por regla lo que se piensa, lo que se dice y lo que se practica en el mundo.

Pero podrá decirse tal vez: «Todos obran así en la actualidad, todas las personas de mundo tienen esta creencia; este es el uso, la costumbre y la moda del día.» ¡Vanos pretextos! Esto no prueba más que una cosa, y es que la corrupción está hoy extendida general-

mente en el mundo, que la licencia predomina en él, y que el escándalo es común. Estas razones no tienen fuerza alguna delante de Dios; todo esto no nos dispensa de la ley de Dios, no nos absuelve en su tribunal ni podrá sustraernos á sus castigos, pues al maldecir al mundo nos prohibió vivir según el espíritu, las leyes y las costumbres del mundo. Procuremos, pues, no conformar nuestra conducta á la del mayor número si no queremos perecer irremisiblemente; tratemos de imitar al pequeño número si deseamos salvarnos. Alistémonos entre los cristianos humildes, piadosos y fieles; caminemos con ellos por la senda de la penitencia bajo el estandarte de la cruz en compañía de Jesucristo; gloriémonos de sufrir la ignominia y el menosprecio del mundo por Jesucristo y con Jesucristo, si queremos tener parte en su reino.

Después de haber referido el Salvador á los judíos la parábola de los viñadores homicidas, añadió: ¿Qué hará ahora el dueño de la viña para vengar este asesinato? El vendrá ciertamente para hacer perecer á esos malvados, y arrendará su viña á otros colonos más honrados, más agradecidos y más fieles. Esta terrible profecía se cumplió á la letra. Jerusalén fué presa de las llamas y destruida enteramente; sus habitantes fueron degollados, y los restos, dispersados y desterrados de toda la comarca. Por haber osado echar á Jesús fuera de la antigua Jerusalén, sufrieron los judíos un castigo nuevo. No sólo se les prohibió habitar en la nueva ciudad reconstruida por el emperador Adriano, sino que no se les permitió que entrasen en la ciudad, para llorar sobre las ruinas de su antigua patria, si no se sometían á pagar un tributo exorbitante. Mas la pérdida de la Jerusalén terrena fué para los judíos la figura de la pérdida mucho más deplorable que experimentaron de la celestial Jerusalén. El reino de Dios, constituido por la verdadera religión y la verdadera Iglesia, arrebatado á los judíos, fué entregado á los gentiles, y se hizo patrimonio nuestro. En efecto, los gentiles de Occidente, hechos cristianos, han dado á este reino de Dios en la tierra, es decir, á la Iglesia, un número infinito de mártires generosos que la han regado con su sangre, de doctores sublimes que la han defendido con su talento, y de santos de todas condiciones y de todas edades, de todas las lenguas y de todas las naciones, que la han embellecido con la maravillosa variedad de las más heroicas virtudes.

Dios, infinitamente misericordioso, es también infinitamente justo. El crimen de los judíos, al renovarse entre los gentiles, podrá atraer sobre ellos la misma venganza. ¡Y en cuántos países que forman parte del gentilismo en otro tiempo, y que después fueron

convertidos al Cristianismo, no se ha realizado ya este misterio formidable de la justicia divina? Ellos han tenido la incomprensible temeridad de rechazar á Jesucristo en la persona del soberano Pontífice, su Vicario en la tierra; le han calumniado, le han perseguido, le han llenado de amargura y de escarnio de mil maneras distintas; ellos han procurado alejarle de Roma, y han deseado ver destruido para siempre su reinado. Ved aquí por qué esos países infieles á la gracia, ingratos al beneficio de la revelación cristiana, han perdido la verdadera fe, el verdadero cristianismo, la verdadera Iglesia, y se hallan hoy sometidos al yugo de la herejía ó del cisma.

Este mismo castigo deben temer también esas naciones católicas en las que apenas queda del Catolicismo más que el nombre, donde todas las fuerzas del espíritu, todos los recursos de la política y el desbordamiento de costumbres más audaz y más desenfrenado que existió jamás, se reúnen para hacer á la Iglesia Católica, con una perseverancia infernal, la guerra más insensata, más sacrilega y más impia. ¡Desgraciados países! El reino de Dios, arrebatado á su ingratitud y á su infidelidad, podrá ser trasladado á esas naciones dispersas en el grande Océano, que sumidas en la ignorancia, sólo esperan el momento en que les sea revelado, para establecerlo en ellas y hacerle fructificar. ¡Ay! conservemos, amados hermanos, el precioso tesoro que poseemos, la verdadera fe que tenemos la dicha de profesar; defendámosla dentro de nosotros mismos contra la influencia de las doctrinas erróneas, y más aún contra la influencia de las malas costumbres que pudieran hacérnosla perder, á fin de que, conservando en nosotros en toda su integridad el reino de Dios, ese precioso depósito de su fe y de su gracia, podamos ser admitidos un día en el reino de su gloria. Así sea.

## EL VIAJE AL CALVARIO

*Si quis vult post me venire, abneget seipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*

Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígalo.

(MATH. XVI, 24.)

Cuando el Salvador del mundo pronunció estas profundas y misteriosas palabras, que ninguna lengua humana había pronunciado jamás, ninguno de cuantos las oyeron comprendió la importante lección que ellas encierran; por el contrario, les pareció que el Señor había usado de un lenguaje que carecía de significación. La cruz era en aquella época el suplicio infamante de los esclavos y de los criminales, y jamás se había propuesto á los justos de la ley antigua como una condición esencial de la verdadera virtud. Ninguno, pues, podía admitir la extraña doctrina de que para ser discípulo de Jesucristo era necesario renunciarse á sí mismo, cargar con el instrumento de su propio suplicio y seguir sus pisadas, ó en otros términos, que, supuesto que el Mesías enviado por Dios debía llevar su cruz y morir en ella, sus discípulos debían también llevar sus cruces en pos de él, y ser en ellas crucificados por él y con él.

Sin embargo, San Pablo dice: Está decretado en los consejos eternos de Dios, que ninguno podrá entrar en el cielo si no representa en sí mismo la vida y los ejemplos de su divino Hijo, si no se hace la imagen perfecta de Jesucristo. La doctrina que nos enseña á imitar y á seguir á Jesucristo es, por consiguiente, la doctrina de las doctrinas, la ciencia de las ciencias, la filosofía de las filosofías, la doctrina, la ciencia y la filosofía de la salvación eterna.

¿Y qué ha hecho nuestro divino Maestro? El no se ha contentado con explicarnos en su Evangelio esta importante doctrina; ha querido ponérnosla ante los ojos, como en acción, en su viaje al Calvario, llevando él mismo su cruz sobre sus hombros, y enseñándonos de ese modo cómo debemos llevar nosotros la nuestra.